

PABLO Y LA IGLESIA GENTIL DE ANTIOQUÍA

Hna. María Ana Aguirre, Hna. Consolación*

Abstract: Paul received the Kerygma of a Church that preached Jesus Christ beyond the borders of Judaism. He announced the Gospel through the mold of a Theology of Mysteries, theorizing it in a new Christian version, through the rite of Baptisms, as the way to born into a new existence, the one with Christ.

Keywords: Announcement, mold, New existence, gentile Church, Gospel, Theology of Mysteries, Paul, Baptism, Divinity, Rite, Christ, shaping their lives.

UNA INTRODUCCIÓN AL “MISTERIO” DE PABLO

Cuenta una historia de Tony de Mello que un místico regresó del desierto. “Explicanos”, le dijeron con avidez, “¿cómo es Dios?”. Pero *¿cómo podría él expresar con palabras lo que había experimentado en lo más profundo de su corazón? ¿Acaso se puede expresar la Verdad con palabras? Al fin les confió una fórmula –inexacta, eso sí, e insuficiente–, en la esperanza de que alguno de ellos pudiera, a través de ella, sentir la tentación de experimentar por sí mismo lo que él había experimentado. Ellos aprendieron la fórmula y la convirtieron en un texto sagrado. Y se la impusieron a todos como si se tratara de un dogma. Incluso se tomaron el esfuerzo de difundirla en países extranjeros. Y algunos llegaron a dar su vida por ella. Y el místico quedó triste. Tal vez habría sido mejor que no hubiera dicho nada.*

* La Hna. María Ana Aguirre, argentina, religiosa de las Hnas. de la Consolación. Estudios de Filosofía y Teología en la Universidad Católica Argentina de Buenos Aires, Bachiller en Teología por la Universidad Gregoriana de Roma, Licenciada en Ciencias Bíblicas por el Pontificio Instituto Bíblico de Roma. Trabajo social en la Casa Hogar “San José de Barcelona (Venezuela), profesora del ITER (Caracas) y de la Escuela de Teología para Laicos de Barcelona (Venezuela), Coordinadora de la Pastoral Juvenil.
maraniag@gmail.com

Pablo recibió el kerigma de una Iglesia que predicaba a Jesucristo sin pasar por el judaísmo. Vertió el evangelio en el molde de la teología de los misterios. Él fue quien teorizó esta versión cristiana: Al comulgar con la divinidad en el rito del bautismo, se nace a una nueva existencia, la de Cristo, que debe moldear la vida... nos quedamos con algunas palabras clave que se irán desvelando —esperemos que así sea— a lo largo de la exposición: iglesia gentil, evangelio, teología de los misterios, Pablo, bautismo, divinidad, rito, nueva existencia, Cristo, moldear la vida... palabras que tienen en sí mismas la profundidad de toda la teología paulina, y que sin duda alguna siempre nos resulta insondable, no por lo difícil o complicada que pudiera aparecer ante nosotros, sino por lo poco que se considera en la eclesiología actual.

Nos movemos en dos planos importantes: Un evangelio vertido en la “teología de los misterios”, y la comunión con la divinidad a través del rito del Bautismo, que nos sumerge en una vida nueva, en una nueva calidad de existencia hasta entonces desconocida. Pero me parece importante que antes de reflexionar teológicamente, conozcamos la realidad de la comunidad cristiana de Antioquía, aquel primer espacio geográfico, donde se reconoció a los misioneros como “cristianos”.

TODO SUCEDIÓ EN ANTIOQUÍA¹

Situada en el extremo Sur de Turquía a orillas del río Orontes su nombre actual es Antakya, esta ciudad fue reconstruida, varias veces a lo largo de su historia durante las épocas greco-romana y cristiana e incluso se la nombra en ocasiones como la tercera ciudad más grande del Mediterráneo, luego de Roma y Alejandría, siendo siempre un importante centro cultural, comercial y religioso. Poco a poco se convertirá en el segundo centro en importancia de la época paleocristiana, después de Jerusalén, y es el lugar desde donde es enviado Pablo para sus actividades misioneras. Los emperadores acostumbraban a contribuir a su belleza general. Aunque Antioquía tuvo fama de ciudad pagana, ocupó también un lugar prominente en la historia del cristianismo.

1 Todas las referencias de Antioquía están tomadas de: A. AUGUSTINOVICH en *Diccionario de los Hechos*, Edit. Trípede, Caracas (Venezuela), 1997 y C. J. DEN HEYER, *Pablo. Un hombre de dos mundos*, Edit. El Almendro, Málaga (España), 2003.

Había allí una mezcla de todas las religiones del Oriente, entre ellas también la judía. Tenía un comercio muy desarrollado: con el comercio, la riqueza, con la riqueza una cierta decadencia moral. La numerosa colonia judía existía allí desde la época de los Seléucidas y la penetración del helenismo en Palestina. En tiempos de Pablo eran unos 50.000. Como siempre, entre ellos empezó la evangelización cristiana. Pablo convertirá a Antioquía en su centro de misión, desde donde partía y hacia donde regresaba de sus viajes. Junto con Jerusalén fue el principal foco de difusión del Evangelio.

De Antioquía era un tal Nicolás (de los siete diáconos) de la comunidad de Jerusalén. Era antioqueno y prosélito, es decir, un pagano convertido al judaísmo, incluida la circuncisión (Hch 6,5). Se ve que los judíos de la ciudad trabajaban activamente en la conquista de los paganos para su religión. Después se convirtió al cristianismo en Jerusalén. La implantación del Evangelio en Antioquía se debió a circunstancias tristes para la Iglesia de Jerusalén: el martirio de esteban. A raíz de su muerte los judíos empezaron una violenta persecución contra la comunidad de Jerusalén, lo que originó una gran dispersión de cristianos. Algunos de ellos llegaron allí y se pusieron a anunciar el Evangelio, pero sólo a los judíos (Hch 11,19), pero luego algunos de ellos empezaron a predicar también a los paganos (Hch 11,20). Es el primer caso de la evangelización a los no judíos: la iglesia se abre al mundo de la gentilidad. Es la primera gran comunidad cristiana compuesta de judíos y gentiles. Hay allí un camino abierto para Pablo... El trabajo de estos primeros misioneros tuvo gran éxito (Hch 11,21), y al enterarse la comunidad de Jerusalén, envió a Bernabé, un *“hombre de bien, lleno de Espíritu Santo y de fe”* (Hch 11,23), quien pronto se dio cuenta del enorme trabajo y fue entonces a Tarso a buscar a Pablo, lo trajo a Antioquía donde los dos permanecieron un año entero y *“enseñaron a una muchedumbre considerable”* (Hch 11,25-26). Hasta entonces, los cristianos podían ser fácilmente comprendidos como una secta judía. Ahora, con la conversión de los gentiles, se vio claramente que se trataba de una realidad social nueva, con sus características propias. Como la persona central de esta religión se llamaba Cristo, era natural llamarlos cristianos, un grupo de personas que se reunían alrededor de Cristo. *Los cristianos no usaron en principio esta palabra para designarse a sí mismos, sin embargo es el mejor calificativo: el cristiano es alguien que exhibe la calidad de Cristo, que se parece a Cristo, cuya vida es una prolongación de la de Cristo.*

Al final de su primer viaje misionero, Pablo y Bernabé regresaron a Antioquía, de donde habían partido (Hch 14,26), y es aquí donde surge el grave

problema de la primera Iglesia, el de los llamados judaizantes, que pretendían someter a los gentiles convertidos al cristianismo, a la Ley Mosaica. Fruto de esta controversia es el Concilio de Jerusalén, cuyas conclusiones provocaron el regocijo de todos (Hch 15,35) En Antioquía se cruzó una frontera importante. Podemos decir que fue un banco de pruebas para las primeras comunidades cristianas. En su carta a los Gálatas, Pablo nos permite entrever las complicadas circunstancias que reinaban entre los cristianos y su discusión con Pedro *“tuve que enfrentarme con él...”* nos dice en Gal 2,11-13, y de allí las dudas, los cuestionamientos, las preguntas: ¿Qué valor tenían aún los mandamientos de la Torá entre ellos? ¿Tenían que circuncidarse también los cristiano-paganos? ¿Estaban obligados también ellos a guardar las leyes relativas a los alimentos, a la observancia del sábado, etc? En Antioquía nos encontramos con un Pedro vacilante (*distinto el Pedro de Gálatas al Pedro de Lucas en los Hch, casi revestido de categoría “papal”*)

El Apóstol de los Gentiles nos revela su vocación personal en Gálatas 1,15-16: *“Y cuando aquél que me escogió desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, se dignó revelarme a su Hijo para que yo lo anunciara a los paganos...”* Sabía en su corazón que había sido llamado a ser apóstol, un hombre con una misión especial. Para Pablo, hombre de la diáspora, el mundo era mucho más grande que el territorio circunscrito por los límites de la tierra y de la tradición judías. Llevaba dentro la fuerza de las profecías: *“te hago luz de las naciones para que lleves mi salvación hasta los confines de la tierra”* (Is 49,6), ya había llegado el momento –y “el tiempo se ha acertado” (1 Co 7,29)– de hacer consciente al mundo gentil de todo esto y de invitarle a participar de la fiesta de Dios en Jesús...

Por eso es bueno que recordemos juntos el mensaje salvífico de Jesús, que se caracterizó por su apertura (como lo entendió el Apóstol). Mientras otros movimientos de renovación solían reforzar las normas específicamente judías, Jesús insistió en las normas éticas generales de la Torah y, al mismo tiempo, atenuó las normas rituales segregadoras como el descanso sabático y los preceptos sobre pureza ritual.

¿Cabe concluir de ello que Jesús, con su ética universal, abandonó el mundo limitado del judaísmo? Al contrario. Por la práctica del amor a los enemigos los judíos discípulos de Jesús superarían a los pecadores y paganos y se distinguirían de ellos: “Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa vais a tener? ¿No hacen lo mismo

los publicanos? Y si no saludáis más que a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de particular? ¿No hacen eso mismo también los paganos?” (Mt 5,46-47). Y mientras otros movimientos de renovación segregaban del pueblo a los elegidos, Jesús se acercó expresamente a los que no observaban las normas tradicionales y vivían marginados.

LA RESPUESTA A LA INICIATIVA DIVINA

Juan el Bautista había presentado su mensaje en términos de juicio intentando provocar una respuesta de conversión expresada con el bautismo.² Por el contrario, Jesús de Nazaret comenzó su mensaje con una promesa destinada a suscitar en sus oyentes la confianza: “*conviértanse y crean en la Buena Noticia*” (Mc 1,15). La fe era la única respuesta ante la iniciativa de Dios que ofrecía su reino a los hombres. Correspondía a ellos acoger el perdón como un don gratuito con poder de transformarlos. Jesús rompió en su anuncio el modelo existente hasta entonces: el tiempo de la conversión había sido incapaz de transformar a los hombres; pero allí donde ellos no habían podido realizar el cambio Dios desplegaba su misericordia creadora. Esto suponía superar desde dentro el esquema de la conversión. Lo valioso ya no era lo que los hombres podían realizar sino el perdón de Dios que les era otorgado gratuitamente y no en atención a sus obras. La conversión a la que Jesús invitaba ya no era simplemente una vuelta al cumplimiento de la Ley de Israel, sino la docilidad necesaria para que se manifestara en la propia vida la fuerza transformadora de la misericordia de Dios. En efecto, ¿era posible que la práctica de ciertas obras de penitencia pudieran ser por sí mismas merecedoras de una recompensa de parte de Dios? En ese caso Dios ya no sería Señor del hombre, sino al revés. Por eso Jesús proclamó *bienaventurados* más bien a aquellos que mostraran en sí mismos la suficiente disposición para recibir el don de Dios. En el nuevo orden de la salvación presente la justicia no queda vulnerada.

Este mensaje liberador de Jesús es el que se hizo luz dentro de Pablo. Años después él mismo describiría esta experiencia de iluminación: “*El mismo Dios que dijo: De las tinieblas brille la luz, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que*

2 Cf.: <http://www.geocities.com/ Domingocosenza/> y C. J. DEN HEYER, *Pablo. Un hombre de dos mundos*, Edit. El Almendro, Málaga (España), 2003.

está en el rostro del Mesías" (2 Co 4,6). Su percepción de Jesús cambió; se le manifestó como el enviado del Dios de los padres, como el Mesías prometido a su pueblo, resucitado por Dios de entre los muertos. Quedó claro para él que debía adquirir una nueva comprensión de Dios, frente a su postura legalista, y cambiar de mentalidad. Así se sintió *enviado (apóstol)* para anunciar esa Buena Noticia de la salvación también a los paganos, al margen de la Ley. La muerte de Jesús y su resurrección de entre los muertos revelaba ante los ojos de Pablo la verdadera plenitud de vida que ni el culto a la Ley divina, ni la confianza en su fidelidad a las prácticas religiosas, éticas y rituales podían alcanzar. Todo eso, más bien, eran como escamas interpuestas delante de sus ojos que no le permitían ver el verdadero camino de salvación. Dios le abrió a Pablo los ojos para comprender el mensaje de la parábola del fariseo y del publicano (Lc 18,10-14). En ella terminaba justificado el publicano que reconocía humildemente sus deudas ante Dios, y no el fariseo que le recordaba a Dios las deudas que había contraído con él en concepto de servicio religioso. La conversión para Pablo supuso un cambio religioso del esquema de lo debido a una visión de la gracia como oferta de vida hecha por Dios a cada hombre. La salvación dejó de ser para él conquista y motivo de jactancia o menosprecio hacia los demás, y pasó a ser gratuidad y, por tanto, motivo de gratitud para con Dios, una fe apasionada y llena de frescura, no exenta de una cierta dosis de intolerancia.

La experiencia mística de Damasco le dio a Pablo una conciencia nueva de sí mismo y una percepción profunda del sentido de la historia humana. Es a las primeras comunidades creyentes de Siria a las que hay que atribuir el mérito de haber creado las condiciones ambientales y concretas de su integración activa en el movimiento de Jesús. La apelación a la llamada de Dios y a la manifestación del Resucitado no debe hacernos desistir de una búsqueda de aquel contexto histórico en que Pablo se convirtió en el mayor misionero del cristianismo de los orígenes. Y no reducimos en nada la originalidad de su acción si decimos que le debió mucho a la vanguardia de los creyentes helenistas.

SU INFLUENCIA CULTURAL

Sin embargo, tenemos que admitir que este mundo helenizado fue preparando con su cultura, el terreno en el cual se extendería el judaísmo,

primero, y el cristianismo, después. En efecto, en medio de una cultura popular politeísta muchos espíritus reflexivos habían emprendido ya una relectura de las mitologías y de los cultos tradicionales, reconociendo detrás de los distintos nombres de los dioses a la única divinidad que se difunde por todo el universo. Así lo explicaba el pensador Séneca en la primera mitad del siglo I d.C.:

Los antiguos ven en Júpiter el señor y guardián del universo, el alma y el espíritu del mundo, el soberano y autor de la creación. Todos los nombres le van bien. ¿Quieres llamarlo destino? No te engañas, puesto que de él dependen todas las cosas. ¿Quieres llamarlo providencia? Dices bien, pues su sabiduría atiende a las necesidades de este mundo, le hace llegar sin fallo alguno al final de su tarea y cumplir con sus funciones. ¿Quieres llamarlo naturaleza? No te equivocas, puesto que de él todo ha nacido y es su soplo el que nos hace vivir (Cuestiones naturales II,45).

Esta búsqueda intelectual justificaría la doctrina de Pablo, contemporáneo de Séneca, según la cual todos los hombres pueden descubrir la presencia de Dios, porque “desde la creación del mundo deja ver a la inteligencia, a través de sus obras, su poder eterno y su divinidad” (Rm 1,20). A partir de la contemplación del mundo, el hombre podía efectivamente llegar a descubrir y adorar, bajo distintos nombres, al Artífice de todas las cosas. Así lo expresaba Cleantes (332-232 a.C.) en su Himno a Zeus:

Tú, el más glorioso de los inmortales, a quien invocamos con tantos nombres, eternamente todopoderoso, Zeus, autor de la naturaleza, que gobiernas todo con tu ley, te saludo: pues todo hombre, sin impiedad, puede invocarte, ya que de ti venimos, pues solos, entre todos los mortales que viven y se mueven en la tierra, hemos recibido el son de la palabra para designar las cosas...

También la búsqueda de la divinidad había recorrido el camino de la interioridad del hombre. Dios podía ser conocido a través de la conciencia del hombre. Séneca reconocía en este orden moral una presencia divina en el interior del hombre:

Dios está cerca de ti; está contigo; está en ti. Sí, Lucilo; un espíritu sagrado reside dentro de nosotros mismos, observando y controlando el mal y el bien de nuestras acciones. Nos trata como le tratamos a

él. Nadie es realmente un hombre de bien sin la intervención de Dios. Entonces, ¿quién podría superar la fortuna si no recibiera ayuda de él? El es el que inspira los grandes y heroicos designios. En el corazón de cada hombre de bien habita un dios. ¿Quién es? No lo sabemos; pero es un dios” (Cartas a Lucilo IV, 41,1-2).

Y en la misma línea Pablo afirmarí­a que la voluntad que Dios había revelado al pueblo hebreo mediante la Ley de Moisés no era otra cosa que el orden moral universal que Dios comunicaba a cada hombre a través de su conciencia:

“Cuando los paganos, que no tienen la Ley, guiados por la naturaleza, cumplen las prescripciones de la Ley, aunque no tengan la Ley, ellos son ley para sí mismos, y demuestran que lo que ordena la Ley está inscrito en sus corazones. Así lo prueba el testimonio de su propia conciencia, que unas veces los acusa y otras los disculpa” (Rom 2,14-15). Por eso, en su conciencia, el hombre escucha ciertamente la voz de Dios que le manifiesta su llamada y que lo protege del mal: “Dios escribió en las tablas de la Ley lo que los hombres no leían en sus corazones”, según las palabras de Agustín de Hipona en su Comentario a los Salmos (57,1).

Pero paralelamente a esta búsqueda racional de la divinidad propia de los filósofos, se difundía una búsqueda que podríamos llamar mística, o más propiamente *mistérica*, originaria de Oriente, y de creciente popularidad en todo el ámbito mediterráneo: la teología de los misterios... Estas religiones tenían en común un acentuado interés por el rito, al que se le reconocía una eficacia *sacramental*.

Realizados en secreto, a estos cultos se ingresaba mediante ceremonias de iniciación reservada a unos pocos. El iniciado, purificado a lo largo de varias pruebas, tenía el sentimiento de salvarse en un encuentro personal con la divinidad. Al mysta (iniciado) se le imponía la obligación de no revelar lo que ha experimentado. Los iniciados participaban del destino de vida renaciente del dios, personificación de las fuerzas de la naturaleza renovada después del período de muerte invernal. Como Osiris y Attis, los devotos iniciados participaban de su destino de muerte y resurrección. Fírmico Materno relata el grito dirigido por el mistagogo a los iniciados: “El dios se

ha salvado. Consolaos vosotros, sus mistas; también para vosotros la salvación saldrá de vuestras penas” (Sobre los errores de las religiones profanas 22,1-3).

El imperio había tratado de encauzar estos cultos *contrarios a la tradición de los antepasados*, que juzgaban demasiado ruidosos e inmorales. En el ritual de los misterios se encontraban, de hecho, cosas de la mejor y de la peor especie: procesiones, una música enervante, cánticos lánguidos. Todo ello mucho más atractivo que el formalismo de las religiones tradicionales de Roma.

Pero la imitación del dios podía arrastrar a prácticas aberrantes que suscitaban el sarcasmo o la indignación de los viejos romanos y muy pronto la de los cristianos. En los misterios de Cibele, por ejemplo, los devotos gálatas se castraban a imitación del dios Attis. Pablo aludirá a esta práctica para ridiculizar la propaganda de los judaizantes entre los gálatas en favor de la circuncisión: “¡Ojalá que se mutilaran los que os perturban!” (Gal 5,12). Pablo también advertirá a los corintios sobre el riesgo de participar en los banquetes sagrados de los cultos místéricos: “Yo no quiero que entréis en comunión con los demonios. No podéis beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios” (1 Co 10,20-21). Años más tarde el mártir Justino recurrirá a la comparación del culto cristiano con los misterios paganos para explicar al emperador romano la comunión sacramental propia de la celebración eucarística: “Por cierto que también esto enseñaron los perversos demonios que se hiciera en los misterios de Mitra; pues que en los ritos de un nuevo iniciado se presentan pan y un vaso de agua con ciertas recitaciones, o lo sabéis o podéis de ello informaros” (Apología I, 66,4).

Con total naturalidad los primeros cristianos aprovecharon la estructura sacramental (es decir la significación eficaz) para explicar y celebrar los ritos propios de su fe. Pablo, de hecho, recurrió a la interpretación mística para explicar el rito bautismal. Si primitivamente los apóstoles administraban el bautismo como un signo público de aceptación de Jesús como Mesías, “para remisión de los pecados y para recibir el don del Espíritu Santo” (Hech 2,38), Pablo explicará el mismo gesto al modo de la iniciación mística, es decir, como una participación en un destino de muerte y resurrección: (Rom 6,3-5).

¿O es que ignoran que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva. Porque si nos hemos hecho una misma cosa con él por una muerte semejante a la suya, también lo seremos por una resurrección semejante (Rom 6,3-5).ppt

También en clave mística explica Pablo el rito de la cena del Señor, celebrada por Jesús como institución de una Nueva Alianza: “ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para el perdón de los pecados” (Mt 26,28). El gesto de Jesús en la cena, independientemente de los sacrificios del Templo, señalaba el comienzo de una Alianza con Dios distinta a la del Sinaí, conforme al anuncio del profeta: “pondré mi Ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo” (Jer 31,33). También era un anticipo del inminente banquete escatológico: “Os digo que desde ahora no beberé de este producto de la vid hasta el día aquel en que lo beba con vosotros, nuevo, en el Reino de mi Padre” (Mt 26,29). Las manifestaciones del Resucitado permitieron comprender a los discípulos que la muerte de Jesús tenía un valor sacrificial y que las palabras pronunciadas sobre el pan y el vino en la última cena habían sido una referencia directa al derramamiento de su sangre en la cruz.

A esta significación recibida por tradición (1 Co 11,23-26) Pablo le asignará, además, una interpretación de tipo sacramental o místico: “La copa de bendición que bendecimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Y el pan que partimos ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo?” (1 Co 10,16). Así también lo hará Justino: “No tomamos estas cosas como pan común ni bebida ordinaria, sino que, a la manera que Jesucristo, nuestro Salvador, hecho carne por virtud del Verbo de Dios, tuvo carne y sangre por nuestra salvación; así se nos ha enseñado que por virtud de la oración al Verbo que de Dios procede, el alimento sobre el fue dicha la acción de gracias –alimento de que, por transformación, se nutren nuestra sangre y nuestras carnes- es la carne y la sangre de aquel mismo Jesús encarnado” (Apología I 66,2).

Todo esto no significa que Pablo o el cristianismo primitivo copiaran ritos literalmente del paganismo, pero ciertamente adecuaron la celebración de la fe en Jesús a los misterios que encontraron en el mundo religioso grecorromano, aunque adaptados en su significación. Desde entonces, el misterio

del culto es introducido en la vida del cristiano y nos lleva a vivir y a sentir el misterio de Cristo, este es el mérito, por así decirlo, de la Teología de los misterios (Mysterienlehre de Odo Casel): El cristianismo es el misterio de Cristo y los cristianos tenemos acceso a ese misterio mediante la liturgia.

Pedro Trigo nos cuestiona en su libro *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*: “la primera misión sistemática de la que tenemos noticia fue decidida en Antioquía, a unos paganos que no pasaron por el judaísmo, que no practicaba ni la religión olímpica ni las de los misterios y aparecían ante sus contemporáneos como un grupo paradójico: consagrado a Dios pero sin práctica religiosa, ausente de la tríada templos-sacerdotes-sacrificios y por eso referidos constantemente a Jesús como Mesías, el Ungido que les ungía también a ellos con Su Espíritu. Esta ausencia de las estructuras convencionales les creaba la condición de posibilidad de que existieran auténticas comunidades: la comunidad la creaba Jesús, en un solo Dios, el Padre de Jesús, y por medio del Espíritu les hacía hijos y los hermanaba entre sí. Lo cual relativizaba todo lo demás y les permitía vivir esa Novedad existencial... sin reducción del cristianismo a los moldes, expresiones y posibilidades de cada cultura, sino por la impregnación de esas culturas por el cristianismo.”³

Desde nuestra visión “*ad gentes*”, hemos de interpelarnos en nuestro HOY: ¿realmente se adapta al modo de sentir, expresar, significar, celebrar a Cristo en nuestras culturas latinoamericanas y del Caribe?, ¿el testimonio paulino de adaptación a la realidad es lo que nos impulsa a renacer a una vida nueva, o continuamos con el “molde” por él trazado de verter el cristianismo en la teología de los misterios? ¿No estaremos “romanizando” o “vaticanizando” los misterios cristianos, al mejor estilo de los judaizantes de Antioquía? ¿Qué significó para Pablo y que significa para nosotros HOY, comulgar con la divinidad en el rito del bautismo, nacer a una nueva existencia, la de Cristo, que debe moldear la vida? Dejemos impregnar de cristianismo nuestros ambientes, seguramente seríamos más auténticos en nuestra fe⁴.

3 Cf.: P. TRIGO, *El cristianismo como comunidad y las comunidades cristianas*, Edit. Convivium Press, 2008.

4 Cfr. Hech 6, 5; 11, 19-30; 13, 1-3; 15, 1-2; 15, 22-35.

EL BAUTISMO, UNA NUEVA EXISTENCIA, AL ESTILO DE CRISTO

Creo que sería muy audaz de mi parte derribar el muro de la ritualización sacramental en la que hemos caído con el paso de los años, pero urge la necesidad de escuchar la realidad cultural en la que estamos inmersos y volver a verter el cristianismo en la profundidad de nuestras gentes.

El verbo BAUTIZAR en griego, significa literalmente “sumergirse”, nos sumergimos por el acto sacramental, signo sensible y visible, en lo hondo de la experiencia trinitaria, para renacer por el agua (y el Espíritu) a una nueva dimensión de nuestras personas: una nueva vida en Cristo. Siguiendo el capítulo 6 de la carta a los romanos, comprendemos que la finalidad primera y específica del bautismo es la de hacer presente y operante “aquí y ahora” el hecho de la muerte y resurrección de Jesús, que implica liberación de nuestros pecados, de la muerte, y de la ley, que además Jesús infunde en los bautizados, en los inmersos en él, su misma vida nos justifica y nos encamina hacia la santidad. El bautismo expresa toda su eficacia salvadora y liberadora, en la medida en que a la acción de Jesús, se une la acción del ser humano, nos hacemos cargo de responder personalmente a las exigencias de los dones recibidos... y caminamos así en una vida nueva. En otras ocasiones, como en Gal 3,26-28; 2 Co 1,22, hace notar que es tarea del bautismo hacer de los hombres hijos de Dios y herederos del cielo, infundir en ellos el espíritu de santidad (Rom 5,5; 7,6; 8,1-27; 2 Co 3,3-6), incorporarlos a Cristo y al pueblo de Dios (Gal 3,27; 1 Co 12,13), sembrar en ellos el germen de la caridad (Rom 5,5) y abrir sus corazones a la esperanza de un mundo mejor (Rom 5,5).

Ugo Vanni dice:

... existe una espiritualidad típica específica de Pablo, que él practica personalmente y luego la trasmite como mensaje: la espiritualidad centrada en Jesús, muerto y resucitado y que mueve a los cristianos a un encuentro pleno con Él. Unida como está a la experiencia de una persona y a la vida cotidiana, aquella espiritualidad alcanza al hombre concreto en su conjunto, que se adhiere a Jesús en todos los ámbitos de su existencia(...).

Quisiera detenerme ya casi al final de esta exposición, para tomar la base fundamental de toda religión, como ese “religar” a todos los seres entre sí, como con la Fuente de la que dimanar, tal como Pablo lo hizo y como

nos invita a seguir haciéndolo en nuestras realidades, donde la experiencia profunda de Dios, manifestada en Cristo nos abre más y más a esa existencia nueva, donde no cabe ninguna discriminación ni exclusión, donde la liturgia se transforma en relación continuada con Él, en todo lo que somos y realizamos, donde el yo va quedando cada vez más disponible a la Gracia, donde no hay nada que defender y comprobamos que todo y todos existimos para ser amados plenamente. Humildad, mansedumbre, ternura, suavidad, lucidez... son los signos de quienes han sido sumergidos en la vida divina y descienden a lo cotidiano para buscar a sus hermanos y hermanas. Se trata de sumergirnos en un estado que tiene como manifestación la santidad, en palabras del teólogo Paul Evdokimov “un santo impacta por su rostro irreplicable, por su luz absolutamente personal. Nunca ha sido visto antes, es lo que da al ser humano un rostro único”.⁵ La participación de la vida divina conferida por el bautismo trae consigo la participación en los rasgos del ser mismo de Jesús, el Cristo:

La compasión universal: por la cual se abraza todo y a todos, se ama todo y a todos, se perdona todo y a todos, tal como lo expresa Pablo en la 1 Co 13. Quien habita en el ser de Dios ya no existe auto centradamente sino que es cauce del don que recibe y su vida se convierte en posibilidad para que otros alcancen la plenitud. Es también esa solicitud por los más pequeños y los desvalidos, donde se pone de manifiesto la autenticidad del amor cristiano que no se busca a sí mismo sino que se vierte sobre los que tienen más necesidad de él.

Posee un amor desarmado: un ser humano que no necesita protegerse ni justificarse a sí mismo, porque lo ha entregado todo al Todo de Dios, como su Maestro Jesús, el don sin medida del Padre, que muere sin pensar en sí mismo y perdonando. El que hace exclamar por su actitud ante la muerte injusta: “Este sí que es hijo de Dios”. Los indios toltecas lo dicen con otras palabras: “Uno tiene que ser completamente humilde y no cargar con nada que tenga uno que defender, ni siquiera la propia persona. La persona sólo debe protegerse, nunca defenderse”. Las personas se convierten así en seres silenciosos y transparentes, al estilo de Jesús, el hombre auténtico, protegidos por el olvido de sí mismo. El que se ha sumergido en la vida nueva, se ha despojado de todo tipo de poder.

5 J. MELLONI RIBAS, *El Uno en lo múltiple. Aproximación a la diversidad y unidad de las religiones*, Edit. Sal Terrae, España, 2003.

Otro rasgo es la conciencia de ser hijos en el Hijo: una experiencia que reconcilia y unifica a todo el ser humano y que nos reconcilia y unifica con los demás. Es una actitud interior de atención vigilante que conlleva la capacidad de bendecir a toda criatura. Cada gesto y cada acto se transforma en ocasión de comunión. En las sabias palabras de un indio lakota americano: “cada paso que des en la tierra debe ser una plegaria. La fuerza de un alma pura y buena está en el corazón de cada persona y crecerá como una semilla cuando camines de forma sagrada. Y si cada paso que das es una plegaria, entonces caminarás siempre de forma sagrada”.

El último rasgo que podríamos encontrar en los que son bautizados en Cristo es la alegría, como plenitud de quien permanece en Dios y Dios en él: “No vivo yo sino Cristo que vive en mí”, una alegría que no depende de las circunstancias cambiantes que nos rodean, sino que procede de sentirse inmerso en Dios de tal manera, que nada ni nadie puede alterar. En los textos de las primeras comunidades cristianas aparece con frecuencia este gozo: “Alégrese siempre en el Señor; les repito, alégrese. No se inquieten por nada, sino oren en toda ocasión en acción de gracias” (Flp 4,6). Tampoco es una alegría ensimismada, evasiva o asfixiante, sino que contiene la lucidez que suscita la entrega, y que busca como el Hijo de Dios: hacerse carne e historia del mundo.

Para terminar, simplemente tener plena conciencia que en el Bautismo se da una doble entrega: la de Dios al ser humano y la del ser humano a Dios; en la conciencia plena de que *“la entrega libera”*... al estilo de Jesús: que se entregó por ti, por mí, por todos.